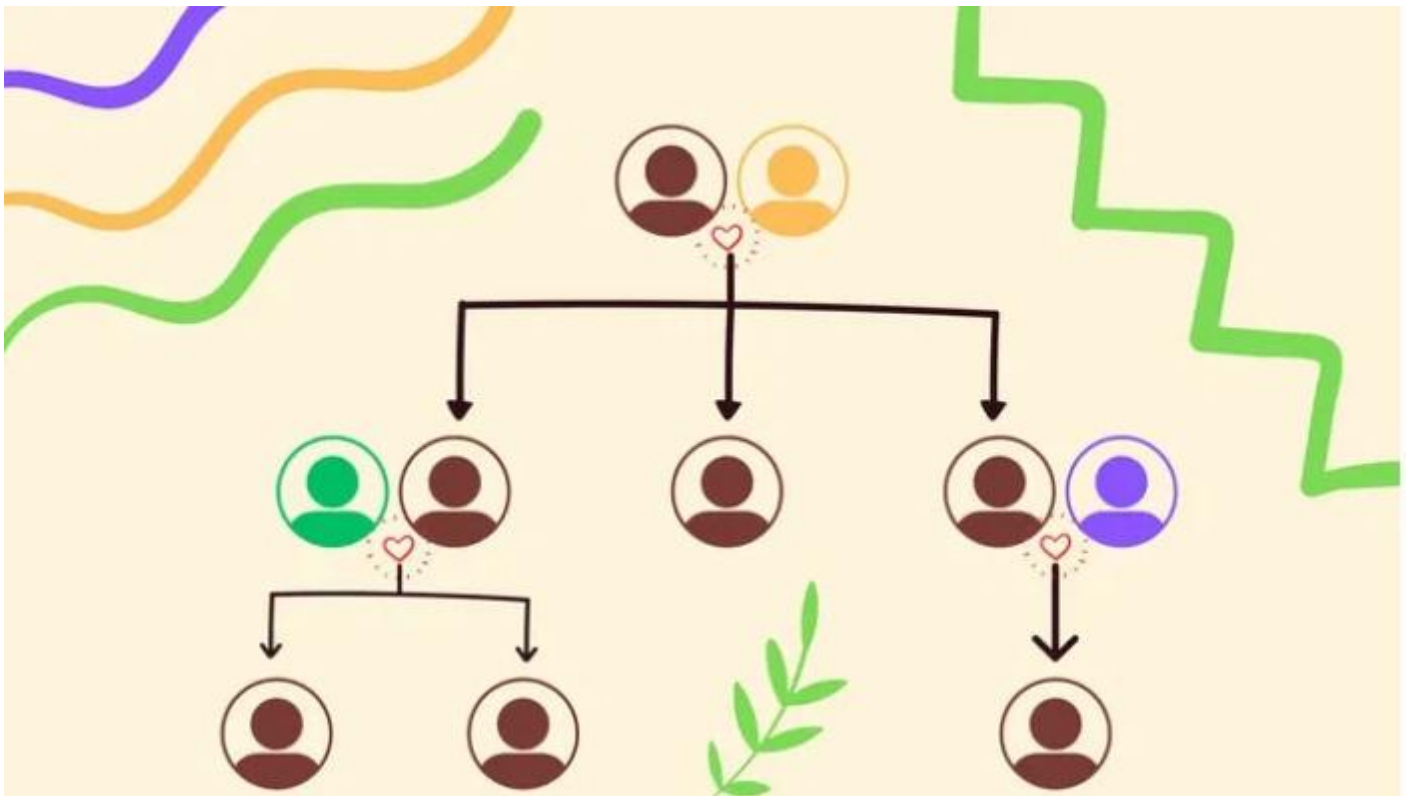


Herencia de Sangre (Genealogía)

Autor: El Conta

Categoría: Reflexiones

Publicado el: 20/05/2025



—Con su permiso, señoría —dijo el investigador Gálvez, ajustándose la corbata y mirando al jurado con seriedad—. Esta mañana no les traigo una historia cualquiera. Les traigo una explicación sobre cómo la sangre, literalmente, habla... y cómo lo que heredamos puede condenarnos, incluso sin estar presentes en la escena del crimen. Pero no lo haré solo. Conmigo está el genealogista Miguel Ríos, quien les explicará cómo se resolvió este caso.

Un murmullo recorrió la sala. Un genealogista. Pocos sabían realmente lo que hacía uno.

—Señor Ríos, puede pasar.

Miguel se levantó con calma, un hombre de mediana edad, con lentes y un maletín de cuero

envejecido. Caminó al estrado, saludó con la cabeza y tomó asiento.

—¿Puede decirnos a qué se dedica exactamente?

—Por supuesto —respondió con voz pausada y clara—. Soy genealogista forense. Mi trabajo es investigar árboles genealógicos, comparar ADN entre personas vivas y registros genéticos, y en casos como este, ayudar a identificar a individuos a través de sus parientes biológicos.

El jurado lo miraba con atención. Algunos anotaban.

—Señor Ríos, ¿qué ocurrió exactamente en la noche del 12 de marzo?

—Dos personas fueron encontradas sin vida en las afueras del Parque San Miguel. Ambos presentaban heridas por arma blanca. Fue un ataque rápido, brutal. La única testigo, una mujer que paseaba a su perro, vio una figura encapuchada alejarse corriendo. Llevaba una sudadera gris con capucha y gorra. Era de noche, había poca luz. No pudo ver el rostro.

—¿Y qué halló la policía?

—Una pequeña gota de sangre en una rama, cerca del cuerpo de una de las víctimas. El agresor, al parecer, se cortó al forcejear.

—¿Y esa gota de sangre es la clave del caso?

—Exactamente.

Miguel sacó una carpeta y la abrió con cuidado.

—Se extrajo ADN del rastro de sangre. Sin embargo, no coincidía con ninguna persona en la base de datos criminal nacional. Pero sí coincidía, parcialmente, con otros perfiles... incluyendo uno subido voluntariamente por una mujer en una página de genealogía.

—¿Una página de genealogía? ¿Cómo funciona eso?

—Millones de personas se hacen pruebas de ADN por curiosidad o interés familiar. Suben su información genética a bases de datos abiertas como GEDmatch. Ahí buscan parientes lejanos, orígenes étnicos. Pero lo que no todos saben es que esas bases también se usan para investigaciones forenses.

—Entonces... ¿la sangre del agresor coincidía con alguien que ya había subido su ADN?

—Así es. Un 3.2% de coincidencia con una mujer de Arizona. Eso sugiere que comparten tatarabuelos o bisabuelos. Es decir: probablemente eran primos terceros.

El jurado murmuró de nuevo. El juez levantó la mano pidiendo silencio.

—¿Y cómo se llegó del ADN de esa mujer al acusado que hoy está aquí presente?

—Construimos un árbol genealógico a partir de su información. Con registros públicos, actas, redes sociales, y con la colaboración de otros parientes lejanos, logramos ubicar a más de 40 descendientes vivos de ese antepasado común. Uno por uno, los descartamos. Hasta llegar a uno: el señor Daniel Rentería, de 26 años, residente a cinco kilómetros del parque, sin coartada sólida la noche del crimen.

—¿Se le tomó una muestra directa?

—Sí. Orden judicial. Coincidencia exacta con la sangre en la escena.

El jurado estaba inmóvil. El acusado, sentado con el rostro rígido, bajaba la mirada.

—Señor Ríos —interrumpió un jurado—. ¿Está usted diciendo que gracias al ADN de un pariente lejano pudieron encontrar al asesino?

—Eso mismo. La genealogía genética permitió reconstruir el linaje del ADN hallado, hasta llegar al único descendiente que vivía cerca del parque y encajaba con el perfil del agresor.

—Pero... ¿no es peligroso usar ADN de personas inocentes para acusar a alguien? —preguntó otra jurado, una mujer de cabello corto.

—Muy válida su pregunta. La genealogía genética no acusa a nadie. Solo señala posibles parientes. Lo que condena es la prueba directa. La sangre en la escena, la falta de coartada, y otros detalles del historial del acusado completan el cuadro. Pero sin ese primer hilo genético, nunca lo habríamos encontrado.

—¿Y qué rol tiene un genealogista en todo esto?

—Traduzco los vínculos de sangre en mapas familiares. En este caso, lo hice para que la policía

pudiera acotar su búsqueda. No les di un nombre, sino un camino.

El investigador Gálvez retomó la palabra:

—Señorías, gracias a esta ciencia y al trabajo del señor Ríos, se rompió el silencio genético. La sangre no solo manchó una hoja, nos dio una voz. Y esa voz nos trajo aquí, a este juicio.

El genealogista asintió, cerrando la carpeta.

—Las familias nos definen más de lo que creemos —dijo finalmente—. Incluso cuando queremos ocultarnos... nuestra historia nos encuentra.

El juez agradeció al señor Ríos y pidió un receso breve. Los miembros del jurado salieron de la sala en silencio, con rostros pensativos.

El acusado, Daniel Rentería, permanecía quieto. Su abogado había intentado argumentar que no podía demostrarse que él hubiera estado en el lugar en el momento exacto del crimen, pero las pruebas eran abrumadoras: su ADN en la escena, su cercanía al parque, y la falta de coartada sólida lo dejaban mal parado.

Pasaron dos horas.

Cuando el jurado regresó, todos tomaron asiento sin mirarse entre ellos. El juez los observó con atención.

—¿Han llegado a un veredicto?

La presidenta del jurado, una mujer de cabello canoso y expresión firme, se puso de pie y respondió con voz clara:

—Sí, su señoría. Hemos llegado a un veredicto unánime.

—¿Cuál es su veredicto?

—En el caso del Estado contra Daniel Rentería, por el cargo de homicidio en primer grado... lo declaramos **culpable**.

Un murmullo sordo recorrió la sala. La testigo, sentada al fondo, soltó un suspiro. El investigador

Gálvez bajó la vista un momento y luego miró al genealogista, quien se limitó a asentir con discreción.

El acusado no mostró emoción alguna. Se quedó mirando un punto fijo frente a él, como si la sala hubiera desaparecido por completo.

El juez agradeció al jurado, despidió a los testigos y cerró la sesión.

Ya en los pasillos del tribunal, Gálvez alcanzó a Miguel Ríos.

—Gracias por su trabajo. Si no fuera por esa gota de sangre y el camino que usted abrió...

—No fue solo ciencia —dijo Miguel con una leve sonrisa—. Fue historia. Porque eso es lo que hacemos los genealogistas: contamos historias que la gente no sabe que está contando. Cada familia, cada apellido, cada ancestro deja una huella. A veces, esas huellas guían hacia el origen de una vida... y a veces, hacia el final de otra.

—Nunca pensé que el ADN de una prima tercera en otro país fuera a resolver un crimen.

—Las familias están más cerca de lo que creemos. Aunque no las veamos.

El investigador estrechó su mano con respeto.

—Hoy la genealogía fue justicia.

Miguel Ríos asintió una última vez y se marchó por los pasillos del tribunal, con su maletín de cuero y la convicción silenciosa de que, en el gran árbol de la humanidad, cada rama tiene algo que decir. Solo hay que saber escucharla.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [El Conta](#)

Más relatos de la categoría: [Reflexiones](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)

